

Julio 28 de 1957

JESUS ROMERO FLORES

El Nacional Julio 28 de 1957.

Jesús Romero Flores

SIGUE DE LA PAGINA TRES

y es el objetivo de la metódica magisterial. No creemos en las especializaciones, sino en el orden de lo mecánico. Cuando se habla de la formación de la personalidad de un hombre, no tiene sentido hablar de especialización, porque los valores que la pedagogía tiene como misión realizar, son heroicos, se dan o no se dan en la conciencia. Maestro y discípulo entonces, son o no son. Uno y otro si no logran aprender, cayendo bajo la jurisdicción de las vigencias (valores), captar, que es el término propio, que implica conocimiento y conducta, los imperativos esenciales de Ciencia, Ética y Estética, —Verdad, Bien, Belleza— pongamos por caso, no serán jamás ni discípulo ni maestro. Y es que el conocimiento humano es un solo aunque no parezca así cuando es fraccionado por las clasificaciones metódicas. De ello se desprende que quien quiera sentirse especializado, sólo resulta un seguidor del camino de sus preferencias que lo llevarán *veillis nollis* a la coordinación sintetizadora, negando sus afanes de especialización. Podrá ser el hombre un superficial, porque es imposible ahondar en todos los aspectos del conocimiento, pero en cambio será dueño de un mapa del mundo del genio, carta que le permitirá visitar las regiones que quiera y pueda penetrar. Con lo dicho me antípico a contestar las objeciones al enciclopedismo, que lo único que tiene de malo, se encuentra en la defectuosa concepción de quienes lo critican: creen que el hombre enciclopédico es sólo un hacinamiento de datos, sin estructuración sintética fundada en la coordinación de las vivencias. Si así fuera, también nosotros lo condenaríamos.

Pues bien, Romero Flores es cogió a la Historia como maestra, y en esa obra de arte en que sobre el polvo de los siglos revive el alma de los siglos, nutrió la agudeza de sus capacidades docentes. De allí tomó su caudal: ¿Cuál conocimiento, cuál experiencia humana no se registra en la Historia? De allí tomó su método: ¿Cuál disciplina mejor que la Historia puede dar la penetración en las interioridades del hombre? No creemos que exista historia clínica alguna, fichas de observación de psicólogo moderno, que superen a la Historia como suministradora de datos para el conocimiento del hombre. Y como la historia, en su prodigiosa unidad como obra de arte es totalizadora, de ella extrae el

maestro el sentido armónico con que debe realizarse el hombre que enseña para poder lograr al hombre educado.

El historiador hizo al maestro, y que no se diga que Romero Flores ejerció como maestro antes de ser historiador. Vocacionalmente eso sería falso. En todo caso, fue buen maestro hasta que fue historiador.

Por eso el dominio campeador del verbo docente siempre: ante los niños, ante los jóvenes, en el periódico, en la revista, en la tribuna cívica, en la tribuna parlamentaria. No se puede saber de Castelar, de Cicerón, de Martí, de Demóstenes, de Esquines, de Isócrates (el orden al citar estos nombres es lo de menos, porque todos son grandes), si la historia se ha estudiado reviviéndola o sea en el caso de los oradores nombrados, conociendo sus discursos, saboreando su texto imaginándolo sonar en el escenario sobre el cual se derramo, considerando los hechos que lo inspiraron, reconstruyendo los efectos que produjo. Y como este revivir modela la dicción, obliga a la imitación imaginada del gesto, la entonación, etc., no puede concebirse a un historiador del género descrito, sin poder ser un orador en cierta proporción y medida, desde luego. El anterior ejemplo, puede servir para constatar mis afirmaciones relativas a la universal enseñanza que otorga el conocimiento de la Historia Universal, ya que en forma semejante, puede analizarse la actitud intelectual del que está haciendo la historia de un país, o del mundo, en el capítulo, por ejemplo que corresponda a Einstein como autor de la Teoría de la Relatividad.

Aparte del dominio de la palabra engendrado en la maestría lograda en el manejo de las ideas, Romero Flores tiene un extraordinario poder de penetración para conocer al discípulo, semejante al que el orador tiene para conocer a su auditorio. Entonces entra en acción, sobre el caudal del contenido, sobre la artística agilidad del expositor, la habilidad prodigiosa del animador, —artista del estímulo— que mueve los resortes íntimos del estudiante, halagándolo, emulándolo, quebrantándolo, exaltándolo, según el caso que el muchacho tipifique. Ese es el gran secreto de Romero Flores, su genialidad como maestro que hace amar el trabajo en las aulas, prendiendo al discípulo en las redes del entusiasmo, porque ante el maestro se ve comprendido, se ve re-

velado, se considera actuando en la tarea de su propia formación, se ve reconocido como valioso, se ve homenajeado y a la vez protegido por las condescendencias sutiles del maestro que no lo desaprime, sino que lo impulsa, y hasta en el caso de flagrante error, lo disculpa transportando a la explicación del hecho lamentable, el juicio de reprobación.

Me he empeñado en desentrañar el arte del maestro, partiendo de mis propias experiencias, que muchas veces me llevaron a interrograrme acerca de cuál era la causa de la atracción irresistible que yo sentía en su cátedra y siento ahora en su trato. Y lo que he podido concluir es lo expuesto, y que exteriorizo, no con pretensión de mostrarme agudo, sino para señalar lo que tantos maestros podrían hacer para lograrlo auténticamente: imitar a Romero Flores.

No siendo yo el indicado para hacer una valoración del maestro, sino simplemente el discípulo agradecido que trata de rendir su tributo de admiración, no hay por qué alargar esta nota, y a todo intento analítico prefiero el calor de la palabra cordial y apasionada: así como del mismo tallo, surgieron distintas flores, según la frase admirativa de Hugo, del corazón, de la inteligencia y de las manos del maestro han salido muchas generaciones. Entre ellas la mía, la de 1926-1931. Fue dado a la vid recoger de la tierra y elaborar en su maravilloso laboratorio de simple planta, todos los elementos que integran el sabroso fruto de la uva. A un hombre que fue maestro en sumo grado, le fue dado también con plenitud de razón, porque no era una simple planta, sino el más genial y puro de los hombres, convertir, en unas bodas el agua en vino. Con el respeto que el genio de Jesús merece, yo quiero afirmar que con los modestos elementos que la naturaleza puso en mi persona física, el maestro Romero Flores emuló a la vid e imitó a Jesús —Jesús se llama también él— y de mi tierra, porque de barro somos, tomó los elementos para la uva de mi bondad, y luego como en el milagro que el Evangelio sitúa en el regocijo de unas bodas —fiesta de amor espiritual— del agua insípida de mi sensibilidad pobre, hizo milagrosamente el vino generoso de mi entusiasmo, entusiasmo que pongo en este homenaje que le rindo de todo corazón, ahora que al jubilarse deja para siempre su brillante carrera en las aulas.

Nombre de archivo: ARTICULO

Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos

Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot

Título:

Asunto:

Autor: El Retiro

Palabras clave:

Comentarios:

Fecha de creación: 15/05/2011 9:28:00

Cambio número: 98

Guardado el: 18/05/2011 9:08:00

Guardado por: El Retiro

Tiempo de edición: 1,317 minutos

Impreso el: 18/05/2011 9:09:00

Última impresión completa

Número de páginas: 1

Número de palabras: 0 (aprox.)

Número de caracteres: 1 (aprox.)